

nant Sanchez Calvera, Comendador de la Orden de Calatrava, compuso asaz buenos decires. Don Pedro Velez de Guevara, mi tío, gracioso é noble caballero, así mismo escribió gentiles decires é canciones. *Fernant Perez de Guzman*, mi tío, caballero docto en toda buena doctrina, ha compuesto muchas cosas metrificadas: é entre las otras aquel epitafio de la sepultura de mi Señor el Almirante Don Diego Furtado que comienza.

Hombre que vienes aquí de presente.

Fizo otros muchos decires ó cantigas de amores; é aun agora bien poco tiempo ha escribió *Proverbios* de grandes sentencias: é otra obra asaz útil é bien compuesta, *De las cuatro virtudes cardinales*. — Al muy magnífico duque Don Fadrique, mi Señor é mi hermano, plugo mucho esta sciencia, é fizo asaz gentiles canciones é decires: é tenia en su casa grandes trovadores, especialmente á *Fernant Rodriguez Puerto-Carrero*, é *Juan de Gayoso*, é *Alonso Gayoso de Morana*: *Fernant Manuel de Lando*, honorable caballero, escribió muchas buenas cosas de poesia: imitó mas que á ningun otro á Micer Francisco Imperial: fizo de buenas canciones en loor de nuestra Señora: fizo así mismo algunas invictivas contra Alfonso Alvarez, de diversas materias é bien ordenadas. — Los que despues de ellos en estos nuestros tiempos han escrito, ó escriben, ceso de los nombrar: porque de todos me tengo por dicho que dellos, muy noble Señor, tengades noticia é conocimiento. E non vos maravillades, Señor, si en este proemio haya tan estensa é largamente narrado estos tan antiguos é despues nuestros autores,

é algunos decires é canciones dellos, como parezca haber procedido de una manera de ociosidad, lo cual de todo punto niegan no ménos la edad mia que la turbacion de los tiempos. Pero es así que como á la nueva edad me pluguiesen, fállelos agora cuando me pareció ser necesarios. Ca así como Horacio poeta dice:

Quo semel imbuta est recens
Tecta diu servabit odorem.

Pero de todos estos, muy magnífico Señor, así Itálicos como Provenzales, Lemosis, Catalanes, Castellanos, Portugueses é Gallegos, é aun de cualesquier otras naciones se adelantaron é antepusieron los Galllicos Cesalpinos é de la provincia de Equitania en solemnizar é dar honor á estas artes. La forma é manera como dejo agora de contar: por cuanto ya en el prólogo de los mis proverbios se ha mencionado. Por las cuales cosas é aun por otras muchas, que por mi, é mas por quien mas sopiese se podrian ampliar é decir, podrá sentir vuestra magnificencia en cuanta reputacion estima é comendacion estas sciencias averse deben; é cuanto vos, Señor virtuoso, debedes estimar que aquellas dueñas que en torno de la fuente Helicon incesantemente danzan, en tan nueva edad no inmeritamente á la su campaña vos hayan rescibido. Por tanto, Señor, cuanto yo puedo exorto é amonesto á la vuestra magnificencia, que así en la inquisicion de los fermosos poemas como en la polida orden y regla de aquellos, en tanto que Cloto filare la estambre vuestro muy elevado sentido é pluma no cesen, por tal que cuando Atropos cortare la tela, no ménos dellicos que marciales honores é glorias obtengades.

FIN DE LAS ACLARACIONES AL LIBRO XIII

LIBRO XIV

LOS DESCUBRIMIENTOS

SUMARIO

Geografía. — Comercio. — Descubrimientos. — Colonias. — Misiones. — China. — Viajes emprendidos por curiosidad, por especulacion, por amor á la ciencia.

CAPITULO PRIMERO

Geografía y viajes antiguos.

Al acompañar hasta ahora á la civilizacion en su marcha desde las originarias alturas del Asia, por dos pendientes opuestas, hácia el mar Amarillo y el Mediterráneo, estacionaria al otro lado, activa á este, hemos procurado demostrar que no ha cesado nunca de seguir adelante, aumentando su patrimonio de ciencia, de moral, de libertad, y haciendo prevalecer el espíritu sobre la materia, el ingenio sobre la fuerza bruta. En este libro mostraremos especialmente su modo de propagarse, ciñéndonos á describir los viajes, por cuyo medio, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, la curiosidad, el comercio, el acaso, la codicia, las conjeturas, la caridad, la ciencia, impelieron á los hombres á adquirir un conocimiento mas extenso ó mas exacto de la superficie de nuestro globo. Nos ha parecido preferible reunir en un solo libro toda esta materia, en atencion á que los grandes descubrimientos del siglo XV no se enlazan á la política general en un principio, y aun despues, interrumpiendo la narracion de las vicisitudes de los gobiernos, alterarían el plan de nuestra obra, mas que las repeticiones á que nos obligará el método que hemos elegido. Añadirémos la historia de la navegacion, del comercio, de las colonias, tocando con rapidez los hechos de que ya hemos hablado ó de que tendremos que hablar sucesivamente. Y agrada al lector ver al hombre reconocer poco á poco la morada que debe habitar durante su tránsito, y los hermanos entre quienes y con quienes ha de correr, expiar, combatir, perfeccionarse. Verémos al comercio engendrar héroes, no obstante proponerse un objeto prosáico, no ménos que la guerra con los ímpetus nacionales, y al hombre desafiar, ora sobre el camello los ardores del desierto líbico, ora en los trineos de Siberia los rigores de un frio de cuarenta grados, donde no encuentra vivientes, amenazado por montañas

de nieve, ó por olas de arena inflamada, y si sucumbe en medio del camino, le espera la reprobacion reservada á los que no saben salir bien de una empresa, sin tener en cuenta los obstáculos con que han luchado (1).

Las necesidades lanzaron á la especie humana desde el suelo natal á remotos países; pero se ignora quién fué el primero que domó el caballo, el asno, el camello, quién los unció á los carros; quién se confió por la vez primera á las olas del mar en una frágil nave, y dedujo de la inspeccion de las aletas de los peces, de las alas de la grulla, de los aparatos del nautilo, el uso de los remos y las velas. ¡Cuánto tiempo, cuántos estudios, experimentos y errores debieron de necesitarse para que el hombre, desde un tronco ahuecado por el fuego, que sería su primera embarcacion, llegase á saber derribar los bosques cuidados con tal objeto, y reducirlos á vigas y tablas, uniendo estas sólidamente entre sí, calculando la forma mas conveniente, la capacidad exacta, el peso absoluto y específico,

(1) La historia de los viajes de la Harpe es un compendio inexacto y descolorido, una obra académica que para nada sirve, pues el autor, desprovisto de conocimientos geográficos y marítimos, no ha podido adornar sus extractos con los pormenores que les hubieran dado vida.

No sucede lo mismo á la excelente obra de WALKENAEER, que se está publicando, como también á la *Bibl. universelle des voyages de ALBERTO MONTMONT*, y á la *Histoire des découvertes géographiques des nations européennes dans les diverses parties du monde, présentant, d'après les sources originales pour chaque nation, le précis des voyages exécutés par terre et par mer depuis la plus haute antiquité jusqu'à nos jours, et plus spécialement depuis la fin du XV^e siècle, et offrant le tableau complet de nos connaissances actuelles sur les pays et les peuples de l'Asie, de l'Afrique, de l'Amérique, et de l'Océanie; avec un grand nombre de cartes géographiques dressées sur les relations mêmes des voyageurs et sur les autres documents les plus certains, et une bibliographie complète des voyages*, de L. VIVIEN DE SAINT-MARTIN. Paris, 1845 y siguientes. Asia sola comprenderá veinte tomos.

Puede consultarse también el *Diccionario geográfico de MAC-CARTHY*, la *Hist. de la géographie* de MALTEBRUN, la *Hist. de los descubrimientos* de SPRENGEL, en alemán.

Algunos diarios y obras periódicas tratan únicamente de viajes, como *Annales des voyages*, *Journal de voyages*, el *Asiatic journal*, el *Missionary register*, *Annales maritimes*, *Revue maritime*, *Journal de la marine*, *Bulletin de la Société géographique de Paris*, etc.

la fuerza de las antenas, de las velas, de los cables, de las anclas, la resistencia á las olas y á las tempestades, el probable curso diario; para que aprendiese á domar los vientos, de suerte que sirviesen aun los contrarios, como las adversidades á las almas enérgicas; á leer su rumbo en las estrellas, faros inmortales encendidos por el Eterno en el firmamento, y uniendo luego la hermosura y la comodidad, á formar esos bajeles que vemos en el día, triunfo de la mecánica y de la física, epílogo de todos los conocimientos del hombre, desde los mas materiales á los mas abstractos; vehículo, fortaleza, campo de batalla, almacén, observatorio; donde el horno arde junto á la pólvora fulminante; donde si cesa el viento, le sustituye el vapor; donde se encuentran reunidos los mecanismos mas ingeniosos, las delicadas bagatelas de los gabinetes y mas de cien cañones!

Si los hombres tuvieron su morada originaria entre grandes rios (*Mesopotamia*), es creible que las familias primitivas al dispersarse siguieron el curso de ellos, y quizá se aventurasen á cruzarlos en sencillos esquifes, cobrando con esto ánimo para alejarse de la orilla y navegar en alta mar, particularmente desde que supieron dirigir el curso de las naves con ayuda de los remos. La estructura de los peces pudo dar idea de la forma mas propia de los barcos y remos. Se evitó con la construccion de la cubierta el inconveniente de las grandes olas, que pasando por encima de la borda inundaban á los navegantes; se multiplicaron los bancos de los remeros, se reforzó la arboladura, y poco á poco se aprendieron las maniobras y el arte, siendo cada dificultad un motivo de nuevas perfecciones.

Los pueblos semíticos, hebreos, árabes, fenicios, fueron los primeros que se dedicaron al comercio, y desde el principio de la historia encontramos caravanas que trasladaban á remotos países las riquezas del Asia y del África. Tiro y Sidon, situadas en una lengua de tierra insuficiente para proporcionarles el sustento, pero teniendo á su espalda los bosques del Líbano y delante un mundo bárbaro, como era entonces la Europa, sacaron partido de aquella posicion, y fueron el Londres y el Amsterdam de los tiempos primitivos (1). Sus barcos iban desde Ofir á Tartesio, en el Atlántico; tenían en Utica, Cartago y Gádes colonias que á su vez fundaron otras muchas. Para establecerlas en las costas de África, Hannon é Imilcon emprendieron dificultosos viajes al Océano Occidental, explorando el primero las costas de Mediodía, y dirigiéndose el segundo desde España hácia el Norte, hasta las islas del Estañó, esto es, la Irlanda ó las islas Scilly (2).

La India fué el principal objeto del comercio, marítimo ó terrestre, por ser el país de donde procedían los objetos preciosos, los tintes, el

marfil, las especias. Para llegar á ella por tierras, era preciso reunirse en caravanas, que sobre caballos, asnos ó camellos, segun el país, atravesaban los caminos que la experiencia habia indicado como ménos fatigosos y mas provistos de agua y de sitios cómodos para las paradas. En aquellas largas travesías encontraban otras caravanas que se dirigían al mismo punto, ó que venían de lo interior con mercancías para cambiarlas por las suyas. Establecíanse mercados en aquellas confluencias de personas, y se celebraba una fiesta, combinando la religion con el tráfico, los devotos con los parroquianos: el santuario elegido para hacer alto adquiría fama é importancia, y á veces se construía en sus alrededores una aldea ó una ciudad. Por esto se conservaron tan constantemente las vias del comercio antiguo, y cuando perecía una ciudad de las situadas en el tránsito, pronto le sucedía otra á corta distancia, que brindaba á los traficantes las mismas comodidades (1).

Por mar no se sabia ir á la India sino costearo la Arabia, de suerte que los habitantes de esta península, ejerciendo el monopolio del comercio con aquella comarca, no permitían á otros pasar mas allá de sus costas, de las cuales los navegantes no osaban separarse. De aquí la opinion de que el incienso, la mirra, la acacia, el cinamomo y el láudano no se producían mas que en la Arabia; de aquí el nombre de Feliz, dado al Yemen. Además de estos viajes de especulacion, se emprendieron otros por curiosidad. Neco, rey de Egipto, habiendo puesto en comunicacion el Nilo con el Golfo Arábigo, envió desde allí naves fenicias, que dando la vuelta al África volvieron por el Estrecho Gaditano (2). Fuera de que se necesita ménos arte para los viajes de costa, el doblar de este modo el Cabo de Buena Esperanza, era mucho mas fácil á los Fenicios que á los Portugueses por el lado opuesto. Los primeros saliendo por el Estrecho de Babel-Mandeb, y costearo el Cabo de Guardafuí, con el impulso de los vientos de Noroeste, encontraban, al llegar al Sudoeste de Madagascar, la rápida corriente del Banco de las Agujas, y tocaban en el Cabo con los vientos del Sudeste que reinan allí casi de continuo; despues de doblarlo, podían subir hasta el cuarto ó sexto grado de latitud Norte, y desde allí, ayudados por las brisas alternativas de tierra y de mar, seguir toda la costa, con objeto de alcanzar, pasado el Cabo Mogador, la corriente que desde el Atlántico se precipita en el Mediterráneo. Los Fenicios pudieron, pues, efectuar en la infancia del arte una travesía que tanto costó á los Portugueses, contrariados por todas las circunstancias que favorecían á aquellos.

No ha quedado ningun monumento original de los Fenicios; pero los viajes de su Hércules simbolizan las muchas colonias que establecie-

(1) Véase el libro II, cap. 24 y 25.
(2) Libro IV, cap. 6.

(1) Hemos descrito estos caminos en el tomo I, pág. 372.
(2) Véase la nota 1ª, col. 2ª, pág. 295 del tomo I.

ron á orillas de Mediterráneo y del Atlántico (1). Los historiadores y los poetas ponen en competencia con ellos á los Tirrenos durante algun tiempo señores del mar; pero no ha quedado ningun vestigio de sus descubrimientos. Los conocimientos geográficos de los Hebreos no tienen mas apoyo que las conjeturas á que dan lugar sus historiadores y poetas, por lo mismo es difícil distinguir lo doctrinal de lo que es mero parto de la imaginacion, las fantasías propias de la inspiracion de los asertos de la ciencia. ¿Qué importancia ha de atribuirse á los viajes de los Argonautas, que en un mes dieron la vuelta á Europa, á pesar de las tempestades, y que llevaron á remolque su nave por medio de una cuerda á lo largo de las costas, ó á los viajes de Ulises, que en un día llegó á los límites del Océano?

Es sumamente difícil seguir la historia de la geografia en los escritores antiguos, pues que unos ignoran lo que los precedentes sabían ya de cierto. La travesía desde el África á la Sicilia parecia maravillosa á los héroes de Homero, mientras que ya los Fenicios desafiaban al Océano. Herodoto, primer geógrafo de la antigüedad, viajó mucho; se informó con curiosidad, si no con critica, de los usos de los países remotos, y aunque empleó en su descripcion las formas poéticas que exigía el gusto de su nacion, los viajes posteriores demostraron que se encerraban muchas verdades en lo que se presentaba con la apariencia de fábulas. Designa los países por sus habitantes, al contrario de los modernos, y de ahí resulta la dificultad para hallar los lugares, pues las poblaciones mudaban á veces de residencia. Como historiador, su atencion se dirige mas bien á los países que tenían una civilizacion antigua, que á los que la recibían entonces como la Italia y el resto del Occidente, que ha descrito mucho peor que el Egipto. Divaga siempre que quiere elevarse á ideas generales y á conjeturas que no tenían aun el apoyo de los hechos. No puede « *contener la risa* al pensar en los que pretendiendo describir el contorno de la tierra sin poseer ninguna idea razonable acerca de ella, suponen que el Océano la abraza toda, y dicen que es redonda cual si estuviese hecha al torno (2). » Figúrabala él una superficie plana, prolongada indefinidamente por los cuatro lados, y cuyos límites no era posible conocer; pero sostiene que la Europa excede ó á lo ménos iguala en longitud de Oriente á Occidente á las otras dos partes del mundo. Además, la escasez de libros le dejó en la ignorancia de gran número de cosas, y hasta de los descubrimientos de los Cartagineses.

Los Griegos debieron el conocimiento de estos á Scylax de Caria, que describió mejor las costas del Euxino y del Mediterráneo, y nombró por la primera vez á Roma y Marsella. De esta

(1) Véase tomo I, pág. 297.
(2) Lib. IV.

última ciudad salió Pitéas, que navegó antes de la época de Alejandro por las costas de la España y la Galia hasta la Bretaña, y desde allí al Báltico. Navegante intrépido y al mismo tiempo instruido, que determinó exactamente la latitud de su patria, atribuyó á la luna el flujo del mar, y supo que la estrella ártica no marca exactamente el polo. Es, pues, sensible, que no nos hayan quedado de él mas que algunos fragmentos (1).

Los viajes de Ctésias y de Jenofonte dieron á conocer la India y la Persia; pero mas todavía los de Alejandro Magno, que llevaba consigo sabios, y enviaba á su maestro Aristóteles objetos raros y noticias. Mientras estuvo detenido alrededor de Tiro, como si quisiese indemnizar á los negociantes del daño que les causaba destruyendo aquel antiguo emporio del comercio, concibió tres grandes proyectos: el primero, el completo reconocimiento del mar de Hircania, (Caspio), cuyas orillas eran en su mayor parte desconocidas; el segundo, el establecimiento de una marina respetable en el Océano Indico, con cuyo objeto hizo que los Fenicios construyesen cuarenta y siete grandes buques para examinar las costas de la India, ver dónde convenia abrir puertos, y de qué producciones podria sacarse provecho; el tercero era la conquista de la Arabia. Envio, pues, al almirante Nearco á explorar el Golfo Pérsico, y fundó en las orillas del Indo ciudades destinadas á proveer de mercaderías á la de Alejandría, edificada por él en el punto mas ventajoso, y que por sí sola bastaria para inmortalizar al héroe macedonio, en atencion á que bien pronto fué el emporio del comercio de la India, y un manantial de riquezas no agotado aun, á pesar de tantos dominadores como se han ido sucediendo. Nearco bajó por el Indo con su escuadra, y habiendo dirigido el rumbo al Occidente, aunque conocía mal los vientos, se adelantó hasta Ormuz, y de allí á la embocadura del Eufrates en veintiuna semanas; viaje que se haria en el día en tres, aun sin auxilio del vapor.

Este feliz resultado animó á Alejandro á emprender nuevas expediciones; pero la muerte se encargó de ponerles coto; los generales dividieron entre sí sus conquistas, y de los escritos de sus ingenieros no quedó mas que lo suficiente para hacer mas sensible su pérdida. Entre ellos, Megástenes describió las magnifi-

(1) Joaquin Lelewel (*Pytheas de Marseille*, Paris 1837, en 8.º con mapas) devuelve á Pitéas la confianza que le negaron Ptolibio, Estrabon y muchos modernos, entre ellos el erudito Gosselin. Traza con exactitud el viaje de aquel Marselles, que costó la Iberia hasta las Columnas de Hércules, dobló el promontorio Saero (Cabo de San Vicente) y en el Océano siguió las costas de la Céltica hasta Finisterre: dejando entonces el camino de los Cartagineses, á quienes el comercio habia conducido ya hasta las Casiterides (islas Sorlingas) y al Cabo Benorion (costas de Cornwall), dirigió su rumbo al Norte, alcanzó el Estrecho, y costó el lado Oriental de la Bretaña: habiendo llegado á la extremidad, se lanzó á alta mar, y al cabo de seis dias de navegacion arribó á la *ultima terrarum Thule*, esto es, la Islandia ó mas bien una de las Feroe. Pitéas se alejó de allí sin haberla reconocido, volvió al continente europeo, y corriendo hácia el Norte, penetró en el Báltico hasta la embocadura del Vistula.

cencias de las c6rtres orientales; Onesicrato fué el primero que trató de la isla de Taprobana (Ceilan); despues los Tolomeos se dedicaron á conservar entre su reino y la India su tráfico, que les proporcionaba tantas riquezas y conócimientos. Estos, depositados en la biblioteca de Alejandria, fueron puestos en órden por Eratóstenes, geógrafo de mucha ciencia que introdujo un método uniforme, y empleó las líneas paralelas para determinar en los mapas la latitud de los lugares. Pero conocia poquísimos del África; de la Europa solo las islas del Mediterráneo y las costas de este y del Ponto Euxino; creía que la Iberia y la Céltica continuaban en línea recta desde el promontorio de San Vicente á la embocadura del Loira; para él la Céltica terminaba en el Rhin, y llamaba al resto del continente Escitia de Europa hacia los 60° de latitud, bañado en línea recta por el Océano Septentrional; el mar Báltico era un estrecho de este que separaba del continente á la isla Báltica, hacia cuya parte occidental caían las tierras de Albion y Tule. Eudoxio de Cizico obtuvo de Tolomeo Evergétes una nave para dar la vuelta al África, y habiendo fracasado en su primera expedición, emprendió otra, en la que pereció probablemente.

Por lo general, los Griegos, despreciando los países que visitaban, nos han pintado sus usos, mas no sus pesamientos, ó bien los han desfigurado á su manera; sus relaciones son demasiado estudiadas para que las tengamos por ingenuas, y demasiado graves para excitar nuestras simpatías. Pausánias merece el título de viajero; pero aun cuando recorrió el país mas poético de la tierra, son muy raros en sus descripciones los destellos de inspiración. Dedicó tres capítulos al sepulcro de Cipselo, y pasa á la ligera por hechos y ruinas, cuya sola mención basta para excitar el entusiasmo.

La conquista de los Romanos derrocando las antiguas repúblicas marítimas, impidió hacer ulteriores tentativas. Mas así como las victorias de Alejandro revelaron la existencia del Oriente, las de Mitrídates dieron á conocer el Norte de Europa, y las de Roma el Occidente. César, que tuvo ocasión de ver muchos países, da de ellos escasas pinceladas, pero con mano maestra; á él le debemos el conocimiento de las Galias. Tácito vió la Germania; obtuvo noticias de ella de quien la había visitado; estudió los hombres en grande, pero no penetró en las interioridades de la sociedad, donde únicamente puede conocerse la índole verdadera y original de un pueblo.

En realidad, los conocimientos científicos habían adelantado poco hasta ent6nces (1), y Es-

(1) Los clásicos latinos están llenos de inexactitudes geográficas. Horacio señala por límites de la tierra á la Bretaña y al Tanáis. Virgilio hace correr al Nilo por la India (Geog. IV, 293). Tácito elogia mucho á Agricola por haber descubierto el primero que la Bretaña era una isla (sin embargo de que tiempo ántes había sido descrita por César), y dice que tiene al E. la Germania, al S. la Galia, al O. la Es-

trabon no supo mucho mas de lo que ya se sabía cuatrocientos años ántes (1): tal vez el ningun aprecio que los Griegos hacían de la literatura romana, les impidió aprovecharse de ella, así es que habla como un ignorante de la Bretaña, que César había descrito con tanta exactitud. Discute con mucha formalidad si la Italia es un triángulo ó un cuadrado, y cree que el Mar Caspio comunica con el Océano Septentrional, aunque Herodoto había ya dicho que era un gran lago, y los ejércitos de Pompeyo le habían dado vuelta. No tenia ninguna noticia de los países situados mas allá del desierto de Cobi, ni del centro de la Arabia, ni del corazon del África. Las relaciones de los viajeros que acabamos de citar, le eran enteramente desconocidas, ó no las creía, preocupado con su opinión sistemática de que la tierra estaba dividida en cinco zonas, de las que solo dos eran habitables. Es sin embargo digno de alabanza por haber reunido en sus escritos cuantas noticias podían agrandar é instruir sin vanagloriarse de ello; distribuye las materias con método, subordinándolas á un plan general, y á pesar de sus defectos nos ha dejado el monumento mas vasto de la geografía antigua.

El compendio de Pomponio Mela, escrito en elegante prosa, y la Periegésis en verso de Dionisio, nada añaden á los conocimientos geográficos. Plinio es un simple compilador que ni aun cuida de poner en concordancia las relaciones contradictorias, ni de arreglar las diferentes medidas á un tipo comun: su método es un eclecticismo irracional, oscuro de suyo é indigesto; pero todavía mas por las formas escolásticas y poéticas que emplea en su exposición.

Dan alguna luz sobre la geografía antigua las tablas é itinerarios, que indican los países por donde pasaban las grandes vias con que el gobierno de Roma había encadenado á la capital las provincias mas distantes.

Procedieron los antiguos con mucha lentitud en sus descubrimientos, en atención á que los hacían por tierra; pero precisamente por esto adquirían un conocimiento mas exacto de los hombres y de los países. La sucesión de los grandes imperios no ejerció sobre ellos tanta influencia como era de esperar. Dejando á un lado las conjeturas y las suposiciones gratuitas, resulta que los antiguos conocían muy poco los países situados al Este de la Germania, la Prusia, la Polonia y la Rusia, y todavía menos las estériles regiones situadas bajo el polo ártico; del África no les eran conocidas mas que las costas bañadas por el Mediterráneo y por el Mar Rojo, y con respecto al Asia, ignoraban completamente los países situados mas allá del Ganges, y las dilatadísimas estepas en donde andaban errantes los Sármatas y los Escitas.

paña, y á mitad del camino la Irlanda. Para Plinio la Escandinavia es una isla.

(1) Ya hemos expuesto al principio del libro VI los conocimientos de Estrabon.

100
d. C.

Ni los autores de que dejamos hecho mérito, ni Estrabon ni Plinio, fundaron su geografía sobre las matemáticas, ántes bien despreciaron los trabajos que Hiparco había ya emprendido sobre el particular. A Martin de Tiro se debió este adelanto, sobre el que Tolomeo en tiempo de los Antoninos calcó su geografía elevando esta ciencia á mucha mayor altura que Estrabon; verdad es que se aprovechó tambien de las obras existentes en la biblioteca de Alejandria, y de datos recogidos de los muchos comerciantes que frecuentaban aquella ciudad. Tolomeo fué el primero que adoptó las medidas de latitud y de longitud, sirviéndose de los penosos trabajos de sus predecesores, que procuró corregir, y á él se deben tambien los primeros diseños de la esfera armilar. Dió un catálogo de los lugares con su posición respectiva; buen compilador, aunque desprovisto de genio, sorprende por el gran número de lugares que conoce en todas las regiones del mundo, y por la exactitud en transcribir los nombres indígenas; mas como toma por base las medidas itinerarias de los mercaderes y de los navegantes, se equivoca con frecuencia; señala toscamente las costas, y no calcula la proyección. Da al Mediterráneo 20° mas de longitud, sin embargo de ser el mar mejor conocido, y hace desembarcar al Ganges 46° mas allá de su verdadero punto, ó sea una octava parte de la circunferencia del globo (1).

En Tolomeo concluye la geografía antigua, que sobre ser muy defectuosa por la dificultad de recoger noticias, está ademas plagada de ideas mitológicas y de opiniones sistemáticas. Cada uno por vanidad nacional colocaba á su país en el centro de la tierra, así por ejemplo, para los Indios el centro era el Meru, para los Griegos el Olimpo, para los Escandinavos el Midgard, y el imperio del Medio para los Chinos. Alrededor de este centro se hallaban distribuidos los pueblos civilizados, y á lo lejos los extranjeros ó bárbaros, designados por monstruos, osos ó monos, gigantes ó pigmeos. Al Occidente se encontraban tierras sumamente deliciosas que los Griegos llamaban Hespérides ó Afortunadas; al Septentrion estaba el reino de las Tinieblas, habitado por los Cimerios, y por debajo de tierra se extendía el reino de los Muertos: por último, rodeaba á todo esto un Océano impenetrable, sobre el cual des-

(1) Sobre la geografía matemática de los Árabes, véase el cap. 27. Tolomeo es inexactísimo en la geografía de Italia, bien sea por su falta de conocimientos, ó por el deseno de los amanuenses que copiaron sus obras. En sola la parte que se refiere á la Italia Superior coloca entre los Cenomanos á Bérgamo, Mantua, Trento y Verona, que pertenecían á los Enganeos, á los Levos, á los Retos y á los Venetos. Hace nacer el Pó junto al lago de Como, y al Dora junto al lago Penino, dirigiéndose luego al de Garda; despues de las bocas del Pó pone las del Atriano (el Tártaro?) olvidando al Adige. Señala como ciudades mediterráneas á Aquileya y á Concordia entre los Carnos, y á Mino y Adria entre los Venetos, situadas todas cuatro en la costa del mar. Coloca al Occidente de Venecia á los Becunos, nombre desconocido, que se refiere quizá á los Camunos, ó á los Breunos, pueblos por otra parte de poquísimos importancia.

cansaba una bóveda sólida, en la que estaban incrustadas las estrellas, y por la cual los astros conducían sus carros. La imaginación de cada pueblo daba su colorido á aquel cielo y á aquellas imágenes segun el carácter que le era propio. La figura de la tierra variaba á su antojo; era redonda para unos, y cúbica para otros: este le daba la forma de un cilindro, aquel la de un disco, y alguno tambien la de una barca.

Por lo mismo que los libros eran tan raros, se les miraba con mayor respeto; de aquí el que una noticia pareciese verdadera por el solo hecho de estar escrita, y que se repitiera con confianza por haber sido dicha anteriormente. Si por ventura se levantaba contra ella la experiencia, en vez de desmentirla se procuraba conciliar una con otra, aun á riesgo de faltar á la verdad.

Esta poca circulación de los escritos hacia que los descubrimientos anteriores fuesen ignorados por los que venían despues, y cuando hoy sería imperdonable emprender un trabajo sin conocer todos los esfuerzos hechos en el mismo sentido por los que nos han precedido, el progreso de una ciencia entre los antiguos no puede calcularse por el siglo en que vivieron: tantos errores se hallan admitidos en los mas modernos, y tantas verdades ignoradas, sobre las cuales otros habían ya ejercitado su juicio (1).

Como ademas los nombres se tomaban de las cualidades genéricas, eran con frecuencia aplicados á diferentes lugares distantes entre sí, lo que ofrecía una nueva dificultad para reconocerlos. Casitérides quiere decir islas del estaño, y tal vez esta denominación se aplicó igualmente á regiones de la India y á la España. Hespérides significa occidentales; de aquí el que cada país llamara con este nombre á las que tenía al Occidente. *Fash* quiere decir rio, y encontramos al Faso y al Fison en Ceilan, en la Colquide, en la Armenia y en otras partes. *Eridano* equivale á rio lejano: puede pues correr lo mismo por Escandinavia que por Italia, y hacer llorar bajo los álamos del Pó á las hermanas de Faetonte.

Un descubrimiento importantísimo del tiempo de Plinio fué el de las *monzones*, vientos regulares que soplan periódicamente en los mares situados entre el África y la India, la mitad del año del Sudoeste, y la otra mitad del Sudeste (2). Los antiguos habían ya notado estos vientos, pero sin fijarse en sus efectos, ni sacar de ellos una regla general. Hippalo, navegante instruido, habiendo observado la

Monzones.

(1) Plinio, compilador apasionado, parece que no conocía los escritos de Estrabon.

(2) *Moussim* en lengua árabe quiere decir tiempo fijo, la estación de reunirse las caravanas que van en peregrinación á la Mecca. De aquí se deriva la palabra *moussum* para indicar la estación de los vientos regulares. Deben distinguirse de los vientos *aisios*, que en toda la zona tórrida soplan constantemente de Levante, los cuales son principalmente producidos por el movimiento diurno de la tierra alrededor de su eje, combinado con la acción del sol en sentido contrario.